

Dos tópicos clásicos en la poesía española del último tercio del siglo XX

Norberto PÉREZ GARCÍA

RESUMEN

Poetas destacados de diferentes generaciones han dejado muestras de su aprecio de la tradición clásica en los últimos años de la poesía española. En este artículo se repasa la forma en que estos autores han revisado los tópicos paralelos del *carpe diem* y del *collige, virgo, rosas*.

SUMMARY

Many important poets from different generations have shown their regard for the classical tradition in the last few years of the Spanish Poetry. This article studies the use of the parallel topics *carpe diem* and *collige, virgo, rosas* in the authors of these recent groups.

En la poesía española del último tercio del siglo XX puede observarse un persistente empleo de citas y referencias del mundo grecolatino, de alusiones a la historia de Grecia y Roma, de homenajes a escritores clásicos, de reescritura de sus poemas y de utilización profusa de los mitos.

Estos materiales se incorporan al poema a través de citas textuales precisas, de referencias sueltas o de correlatos objetivos de experiencias personales; y se emplean con una variada gama de intenciones que van desde la paráfrasis mimética hasta la reinterpretación, la inversión de sus significados o el guiño irónico.

Todas las promociones que han convivido durante estos años en la lírica española han utilizado en mayor o menor grado estos componentes para cons-

truir los poemas propios, por lo que el mundo clásico se ha convertido, una vez más, en elemento de unión de ideas muy dispares sobre el ejercicio poético¹.

Aunque menos abundante que la utilización de los mitos, durante estos años se han escrito también poemas que remiten al tratamiento de lugares comunes, y especialmente a dos tópicos paralelos muy frecuentados por los poetas españoles de todas las épocas, como son el *carpe diem* y el *collige, virgo, rosas*, que encuentran en Horacio y en el *De rosis nascentibus*, respectivamente, sus modelos característicos².

También en el caso de estos tópicos han sido poetas de edades muy diversas los que los han recuperado y abordado de maneras muy diferentes. Así, un poeta del 27, en sus últimos momentos creativos, Jorge Guillén, reinterpreta y entra en confrontación con el *carpe diem* en un poema titulado «Al margen de Horacio», incluido en *Y otros poemas* (1973).

Como es frecuente en este autor desde su *Homenaje*, el mundo clásico es muy utilizado en este libro, y los mecanismos intertextuales sirven, a menudo, para entrar en diálogo con una tradición, aceptada, rechazada o reinterpretada.

Esto es lo que sucede en este breve poema en el que se discute y se descalifica, en sólo cuatro versos, el significado del *carpe diem*, amparándose Guillén en la idea de que la continuidad temporal de la existencia humana impide desligar del resto los momentos culminantes, por lo que la felicidad no se obtiene en el instante temporal sino en el transcurso, todo ello muy en consonancia con la cosmovisión guilleniana:

¿Carpe diem? Instante aislado
sin porvenir de flor ni fruto.
Si se le cortan sus raíces,
¿qué es el instante sólo en bruto?³

En un poema de *Homenaje*, de idéntico título, «Al margen de Horacio», y con un desarrollo mucho mayor, ya había insinuado Guillén esta idea al describir la felicidad momentánea, inseparable de la continuidad: «Y después

¹ En sus conocidas antologías sobre la poesía actual, Luis Antonio de Villena defiende, precisamente, la pervivencia e influjo de la tradición clásica. Cfr. L.A de Villena, *Fin de siglo (el sesgo clásico en la última poesía española)*, Madrid, Visor, 1992.

² Cfr. V. Cristóbal, «Horacio y el *carpe diem*», *Bimilenario de Horacio*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, 171-189. La presencia de estos tópicos en la poesía española fue estudiada por B. González de Escandón, *Los temas del «carpe diem» y la brevedad de la rosa en la poesía española*, Barcelona, 1938.

³ Cfr. J. Guillén, *Aire nuestro IV. Y otros poemas*, Barcelona, Barral Editores, 1979, p. 359.

vendrá el día con sus horas/ fugaces, nunca sueltas,/ nunca sin sus raíces,/ a pasado y futuro encadenadas./ ¿Cómo aislar en el aire los momentos?»⁴

Más en relación con la formulación clásica del tópico se encuentra una composición de un autor temporalista de la generación del 50, Francisco Brines, cuyo título está sacado del famoso verso 49 del *De rosis nascentibus*, «*Collige, virgo, rosas*», poema incluido en *El otoño de las rosas* (1986).

Brines había empleado las alusiones clásicas tímidamente en libros anteriores, y su mundo se caracteriza por una insistente meditación sobre la dicha del instante destruida invariablemente por el fluir temporal. Su poesía es, sobre todo, un persistentemente aplazado «ensayo de la despedida» donde suele tener más peso el *tempus fugit* que el *carpe diem*⁵.

Pero en este poema, aunque se mantienen las notas negativas, sin embargo el autor se atiene a muchos elementos presentes en el lugar común y traza con ellos una visión positiva del tópico clásico. En el poema de Brines pueden encontrarse, en efecto, la recreación de un marco temporal agradable (el *dum* clásico), vinculado, simbólicamente, a la noche del amor; la reflexión sobre la brevedad de la dicha y la amenaza de la destrucción y la muerte, constituyentes esenciales del *topos*. Y, además, como en Catulo y Propertio, el *carpe diem* se asocia también a la motivación amorosa.

Brines se sirve de todos estos elementos para incidir en su propia cosmovisión (el acabamiento, la despedida, el olvido; pero también la intensidad del momento, convertido en símbolo de la vida y arma para luchar contra el deterioro temporal). Y al mismo tiempo que personaliza el tópico, Brines le dota también de una tensión emotiva y estilística conseguida por el contraste entre la noche y el día y otras antítesis que recorren el poema:

Estás ya con quien quieres. Ríete y goza. Ama.
Y enciéndete en la noche que ahora empieza,
y entre tantos amigos (y conmigo)
abre los grandes ojos a la vida
con la avidez preciosa de tus años.
La noche, larga, ha de acabar al alba,
y vendrán escuadrones de espías con la luz,
se borrarán los astros, y también el recuerdo,
y la alegría acabará en la nada.

Mas aunque así suceda, enciéndete en la noche,
pues detrás del olvido puede que ella renazca,
y la recobres pura, y aumentada en belleza,

⁴ Cfr. J. Guillén, *Aire nuestro III. Homenaje*, Barcelona, Barral Editores, 1978, p. 27.

⁵ Cfr. M. C. Aldrich, *A poetic of search and paradox: The Poetry of Francisco Brines*, Massachusetts, 1991.

si en ella, por azar, que ya será elección,
sellas la vida en lo mejor que tuvo,

cuando la noche humana se acabe ya del todo,
y venga esa otra luz, rencorosa y extraña,
que antes que tú conozcas, yo ya habré conocido⁶.

Ha sido, sin embargo, en poetas más jóvenes donde este material clásico se ha manejado con mayor frecuencia. Por ejemplo, Luis Antonio de Villena, autor caracterizado por el cultivo de una lírica meditativa y temporalista desde el culturalismo y que echa mano con profusión del componente grecolatino, no podía dejar de recrear a su modo estos tópicos⁷.

La idea del goce momentáneo está presente en numerosos poemas de Villena pero, en ocasiones, su configuración apunta directamente al tópico del *carpe diem* y al *collige, virgo, rosas*. Ya en su primer libro, *Sublime solarium* (1971) incluía un poema, «El cardenal Bembo escribe a Lucrecia Borgia», encabezado con el conocido verso de Horacio (*carpe diem quam minimum credula postero*). Se trata de un barroco y sensual soneto colorista que condensa en sus versos finales la idea clásica:

Acepta, pues, y omite la costumbre,
estatua juzga el resto de tus días
y el jade de tus labios da a la lumbre.
No pienses en más islas apacibles,
la copa y los perfumas en que fías
todo ya es. Lo demás son imposibles⁸.

Algo parecido sucede en «Palabras de un lector del *Fedro*», de *Hymnica* (1979), que contiene, incluso, una «traducción» de unas palabras de la conocida oda de Horacio (*Carm. I 11, 1*), como advierte Vicente Cristóbal⁹. Villena emplea en esta composición todos los elementos constituyentes del tópico (el inicio temporal, la exhortación al disfrute de la belleza efímera, la amenaza de la vejez y la consunción) adornados con ingredientes de iconografía medieval, al final del poema:

No preguntes jamás que significa
aquello. Es incorrecto demandar al rey
por su regalo. Incorrecto e inútil.

⁶ Cfr. F. Brines, *El otoño de las rosas*, Sevilla, Renacimiento, 1986, p. 25.

⁷ Cfr. AA.VV., *Luis Antonio de Villena. Sobre un pujante deseo*, Litoral, 188 (1990).

⁸ Cfr. L.A. de Villena, *Poesía 1970-1984*, Madrid, Visor, 1988, p. 97.

⁹ Cfr. HORACIO, *Odas y Epodos*, ed. de Manuel Fernández-Galiano y Vicente Cristóbal, Madrid, Cátedra, 1990, p. 64.

Acéptalo nada más. Mira el don fugaz,
y goza, hazlo tuyo si puedes. Desea.
Porque pronto, ya sabes, se tornará ceniza,
y la Belleza, tras el deseo, es tan sólo memoria¹⁰.

En *Huir del invierno* (1981) también ofrece Villena una nueva recreación del tópico clásico, en el poema «Nuevos deseos de malgastar la vida», en el que tras aludir con melancolía y nostalgia a un pasado libertino (bares canallas, afición al placer de la carne y al exceso) se aplica y se discute el lugar común, enunciándolo con las palabras del *De rosis nascentibus*, amplificadas:

Ahora sé y aprendo tarde
—como siempre— el cuento. No pierdas
ni un pétalo de la rosa en vano.
La emoción no es la misma. La intensidad
tampoco es constante. Y hasta un mismo placer seduce menos.
Moraleja cansina de la literatura: *Collige, virgo*,
rosas, mordiscos, pelos y azucenas¹¹.

Otro poeta, muy culturalista en su primer momento, de esta promoción del 70, Luis Alberto de Cuenca, ha incluido recientemente otra revisión del tópico en su libro *Por fuertes y fronteras*. Se trata del poema «*Collige, virgo, rosas*».

Cuenca parte del poema tradicionalmente atribuido a Ausonio (sin olvidar el eco de otros poemas sobre el asunto, ya que el verso 10 parece una reminiscencia de un famoso soneto de Góngora) y profundiza en sus metáforas y simbolismos, añadiéndoles un matiz coloquial e irónico, característico de la segunda etapa de su producción poética¹², y procurando desligar el placer del ingrediente moral. Cuenca prescinde, en general, del inicio temporal característico de este lugar común pero intensifica la exhortación tradicional mediante la acumulación de los imperativos:

Niña, arranca las rosas, no esperes a mañana.
Córtalas a destajo, desafortadamente,
sin pararte a pensar si son malas o buenas.

¹⁰ Cfr. L.A. de Villena, *Poesía...*, *op. cit.*, pp. 160-161. También en los poemas «Emblema sobre un tópico antiguo» y «Versión segunda del Emblema», de este mismo libro, está implícita la idea del *carpe diem*, al proyectar sobre la imagen de una copa lujosa, pronta sucia y vacía, la sugerencia de la brevedad de la belleza juvenil.

¹¹ *Ibid.*, pp. 268-269. No es, obviamente, el único tópico que recrea Villena. En *Hymnica*, por ejemplo, el poema «Un tema de Horacio» alude al *Beatus ille*.

¹² Cfr. J. J. Lanz, *La poesía de Luis Alberto de Cuenca*, Córdoba, Suplemento de Antorcha de Paja, 1991.

Que no quede ni una. Púlete los rosales
 que encuentres a tu paso y deja las espinas
 para tus compañeras de colegio. Disfruta
 de la luz y del oro mientras puedas y rinde
 tu belleza a ese dios rechoncho y melancólico
 que va por los jardines instilando veneno.
 Goza labios y lengua, machácate de gusto
 con quien se deje y no permitas que el otoño
 te pille con la piel reseca y sin un hombre
 (por lo menos) comiéndote las hechuras del alma.
 Y que la negra muerte te quite lo bailado¹³.

Víctor Botas, por su parte, ha rendido tributo también, en varias ocasiones, a estos tópicos. Su poesía es una continua revisión intertextual de motivos y lugares comunes, de mitos e historias en los que la tradición clásica ocupa un sitio preminente¹⁴. De ahí que no sea extraño que se haya ocupado en diversas ocasiones del tópico del *carpe diem*. En su libro *Segunda mano* (1982), compuesto por traducciones o recreaciones libres de múltiples textos, se incluye, junto con versiones de otros poemas de Horacio, una traducción de la oda horaciana, que procura actualizar el poema con la utilización de expresiones coloquiales, aunque no omite sus referencias geográficas ni las alusiones a los dioses y a las «cifras babilonias» del poema de Horacio.

Como señala Botas en la nota preliminar que antepuso a este libro, todos estos textos los siente el autor como personales y de ahí que reaparezca en entregas posteriores el motivo del *carpe diem*, fundamentalmente en su libro *Historia antigua* (1987). En esta obra se incluye una glosa del poema horaciano y un poema que funde el *carpe diem* y el *collige, virgo, rosas*, expresado este último sólo en el título.

En «Horacio I, XI (Glosa)», Botas interpela a Horacio para desmentir la validez del tópico, al que se presenta como añagaza para evitar enfrentarse al futuro desolador que espera al ser humano:

No es solución, amigo Horacio, eso
 (tan sobadito ya) del *carpe diem*,
 y después que te quiten
 lo bailao. Créeme, no es una
 solución.

A no ser, por supuesto que se trate
 tan sólo de olvidarse de ese ciego

¹³ Cfr. L.A. de Cuenca, *Por fuertes y fronteras*, Madrid, Visor, 1996, p. 34. Este autor ya había traducido la oda I 11 de Horacio para una *Antología de la poesía latina* (1981).

¹⁴ Cfr. J. Luna Borge, (ed.) *La obra literaria de Víctor Botas*, Gijón, Llibros del Pexe, 1995.

futuro que ahí está,
esperando a la vuelta de la esquina¹⁵.

En cambio, en su poema «*Collige, virgo, rosas*», apunta Botas hacia el lado más permanente del *topos*, el deseo de destruir el efecto aniquilador del tiempo apelando al goce momentáneo. Botas parte de la idea del eterno retorno para, tras rechazar el consuelo que en ella va implícito, recoger la formulación esencial del *carpe diem* y el desprecio de las figuraciones metafísicas, tras dos guiños sucesivos a Horacio (mencionando su nombre e incluyendo el comienzo de su célebre oda II 14):

Pero, por si
es todo una patraña y nunca más
se repite la historia y, como yo
sospecho, el tiempo vuela –*Eheu fugaces*–
hacia una noche eterna, me parece
que lo mejor que haríamos sería
(hoy enseñó el *horacio* cosa mala)
agarrar este instante que se va
con uñas y dientes (haces bien,
haces bien en reírte: esto es muy serio),
sin meta –ni astro– físicas que valgan¹⁶.

Más barroco y oscuro en su desarrollo de este lugar común es el caso de Antonio Martínez Sarrión. Este autor incluye en *Horizonte desde la rada* (1983) el poema titulado «*Carpe diem*» cuyo título, como sucede a menudo en este escritor, es un contrapunto necesario del contenido del poema, ya que el tema clásico no se explicita fácilmente en los versos, ocupados en dar cuenta de un mundo contemporáneo degradado, acorde con la visión escéptica del poeta. En esta composición es el título de esta manera el que guía al lector en la interpretación ya que, conociendo de antemano el *topos*, puede comprender las *antítesis* de sus versos y la *negación final* de la elegía:

terco mundo presente,
que fulgura y se esfuma tan tranquilo,
negándose de plano –y con cuánto derecho–
al deshonesto oficio de pañuelo de lágrimas¹⁷.

¹⁵ Cfr. V. Botas, *Poesía (1979-1992)*, Gijón, Llibros del Peixe, 1994, p. 215.

¹⁶ *Ibid.*, p. 230.

¹⁷ Cfr. A. Martínez Sarrión, *Horizonte desde la rada*, Madrid, Trieste, 1983, p. 25. En *De acedía* (1986) este poeta se apoya en Horacio para dar cuenta, irónicamente, de su concepción vital en «Horacio 1985».

Tampoco las últimas promociones líricas españolas han ocultado sus gustos clásicos. Y por eso uno de los poetas de la experiencia más apreciables, Felipe Benítez Reyes, recrea una vez más el tópico, en su último libro de poesía, *El equipaje abierto* (1996), que contiene un poema titulado «*Collige rosas*». Se trata de un poema de gran austeridad y en el que su autor pretende remozar el tópico presentando el momento actual como el único posible de disfrute al ser visto en la exhortación como el último, y como cifra positiva de una existencia dolorosa:

Apurar este día
 como si fuese el último.

Quemarlo

como el último cigarrillo que le queda al insomne.
 Demorarlo en los labios
 como la sílaba última de una fórmula mágica.

Que dependa de él –como esa moneda
 que el suicida dudoso lanza al aire–
 el exacto sentido de la vida,

ese desorden

de quimeras que mueren en las manos
 como rosas pisadas,
 sangrantes de color y aturdimiento¹⁸.

Los autores mencionados se inspiran para estos poemas, en general, en los modelos clásicos. Sin embargo, durante el último tercio de siglo XX la revisión de estos dos tópicos paralelos también viene filtrada, en ocasiones, a través de otros textos posteriores, y fundamentalmente a través del celeberrimo soneto de Ronsard sobre el *carpe diem*. Es el caso de dos autores del 70 como Vázquez Montalbán y Carlos Piera.

El primero de ellos compuso un poema titulado «Quand vous seraiz bien vieille» para *A la sombra de las muchachas sin flor* (1973), que revitaliza doblemente el tópico, ya que el aprovechamiento irónico del lugar común por Ronsard para seducir a una mujer le sirve a Vázquez Montalbán para perfilar todo una idea del mundo y de la vida mucho más generosa que la del escritor francés puesto que se basa en la libertad personal y en la destrucción de la tiranía que suponen ciertos recuerdos, tal y como señala el final del poema, que modifica sustancialmente el intertexto ronsardiano:

cuando seas muy vieja
 y yo me haya muerto

¹⁸ Cfr. F. Benítez Reyes, *El equipaje abierto*, Barcelona, Tusquets, 1996, p. 49.

rompe espejos retratos recuerdos
ponte bragas de corista diadema de acanto
sal desnuda al balcón y méate en el mundo
antes que te fusilen las ventanas cerradas¹⁹.

Carlos Piera, por su parte, mucho más brevemente, se apoya en el soneto de Ronsard para reflexionar sobre la soledad humana en el poema «Auprès du feu» de su *Antología para un papagayo* (1985)²⁰.

En cualquier caso, y sea a través de Ronsard o directamente de Horacio o del *De rosis nascentibus*, la presencia de estos tópicos en la última poesía española atestigua de nuevo la vitalidad de la tradición clásica, venero inagotable de la lírica occidental.

¹⁹ Cfr. M. Vázquez Montalbán, *A la sombra de las muchachas sin flor*, Barcelona, El Bardo, 1973, pp. 43-44. Cfr. también los comentarios de este poema de A.L. Prieto de Paula, *Musa del 68*, Madrid, Hiperión, 1996, p. 278 y ss.

²⁰ El verso inicial del soneto de Ronsard lo utiliza también, con otros propósitos, Juan Luis Panero en «Palabras sin orden para una despedida», de su primer libro.